## PRIMERA PARTE La naturaleza de las relaciones entre Colombia y Gran Bretaña

## Introducción<sup>1</sup>

Al iniciar su existencia republicana, las autoridades colombianas comenzaron a idear toda una serie de medidas para obtener el reconocimiento y legitimación de Gran Bretaña, la principal potencia mundial del momento. Las élites colombianas, por cierto, tenían una percepción muy benevolente del poder británico y, por ese y otros motivos que se verán más adelante, aceptaron las condiciones que impuso la corona británica para otorgarles el reconocimiento; este proceso dejaría a Colombia en una posición subordinada, precio que estaban dispuestas a pagar para consolidar su existencia en el sistema internacional. De hecho, el propio Bolívar quiso profundizar la subordinación resultante. El régimen establecido era frágil y estaba envuelto en una serie de amenazas externas e internas

 Este libro es producto de un proyecto de investigación registrada en la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad Militar Nueva Granada, con el código INV-ESS2603. **\*** 19 **\*** 

## Condiciones de fondo de la política internacional colombiana. Colombia frente a Gran Bretaña

que la República no podía extirpar con sus propios recursos: la solución, como planteó en más de una ocasión el Libertador, era echarse a los brazos de Gran Bretaña. Sin embargo, la corona británica no entró en ese juego: la subordinación establecida en el tratado de 1825 bastaba y sobraba para satisfacer sus intereses.

Al despuntar la década de 1830, las élites neogranadinas quisieron revertir ese legado. Lo primero y más urgente era remover el tratado firmado con Gran Bretaña, el instrumento legal que legitimaba su dominación y al mismo tiempo obstruía el progreso de la Nueva Granada. Este tratado no solo garantizaba al comercio británico una ventaja enorme sobre sus competidores, sino que contenía otras cláusulas que aumentaban su margen de maniobrabilidad en asuntos de política exterior e interna como la eliminación del comercio de esclavos².

Gran Bretaña, además, no tuvo ningún reparo para usar medios violentos que le permitieran ajustar una política a su favor. Este sería el caso de un incidente que se presentó en 1836, en el que estuvo involucrado el pro-cónsul británico en Ciudad de Panamá que desembocó en su encarcelamiento y el cierre de la sede consular. Tras el bloqueo de los puertos, las autoridades neogranadinas tuvieron que transigir y aceptar las demandas británicas. El ejercicio coercitivo del poder británico no hacía más que reforzar la percepción de vulnerabilidad de las élites neogranadinas y, sin embargo, mientras buscaban los medios alternativos para desprenderse de su hegemonía, no tenían más remedio que acomodarse a sus exigencias.

Aunque es cierto que más temprano que tarde las élites colombianas iban a eliminar las prácticas de la esclavitud, la presión constante y la amenaza de implementar medios coactivos fueron factores decisivos para acelerar ese proceso.

21 \*

La cuestión de la deuda es un buen indicativo de esa difícil realidad. Durante la guerra civil de los Supremos, la Nueva Granada, débil y acorralada, tuvo que aceptar las exigencias del Foreign Office de direccionar a los acreedores ingleses los ingresos nacionales destinados al pago de la deuda, tal y como lo estipulaban los viejos contratos suscritos entre las casas crediticias inglesas y el gobierno nacional. Las autoridades neogranadinas necesitaban esos recursos para contener a los rebeldes —una medida de supervivencia básica que se requería para cumplir posteriormente con sus obligaciones internacionales- pero sus esfuerzos para convencer a los agentes ingleses en este sentido fueron en vano. Más aún, durante dicha guerra civil los cónsules ingleses -por iniciativa del encargado inglés en Bogotá y con la protección de la Armada Real— llegaron a controlar las rentas de aduanas en los puertos neogranadinos. Las autoridades "legítimas", para preservar su exigua existencia, no tuvieron más remedio que aceptar estas demandas, aunque no lo hicieron a cambio de nada; en contrapartida, lograron que la armada inglesa prestara sus auxilios para combatir a los rebeldes en las provincias costeras y, con ello, asegurar no solo su supervivencia, sino cierto tipo de protección y legitimación extranjera asegurando a los ingleses las rentas de las aduanas destinadas a la amortización de los intereses de la deuda. Este sería el origen de la idea de *protectorado* a la que apuntaron las élites gobernantes durante los dos años que duraría la guerra civil, e incluso después de esta. El Foreign Office, sin embargo, aun accediendo a prestar su fuerza para combatir a los rebeldes, rechazó la idea del protectorado.

En tiempos de paz, las élites neogranadinas lograban tener un mayor margen de maniobrabilidad para gestionar el pago de la deuda y lograr desprenderse de la dependencia comercial, un interregno de distensión en el que la Nueva Granada gestionaba la defensa de sus intereses con los distintos medios diplomáticos que tenía a la mano. Pero, al despuntar la década de 1840, surgiría una nueva era de tensión: la corona británica recreó el viejo protectorado mosquito, una política imperial que vulneraba los supuestos derechos territoriales que tenía Colombia/Nueva Granada sobre la costa atlántica centroamericana. Las élites neogranadinas, como se verá en la tercera parte de este volumen, emprendieron una diplomacia muy activa para reivindicar ese territorio, un hecho que a la larga se constituiría en un punto de no retorno en las relaciones entre la Nueva Granada y Gran Bretaña.

La comprensión de todos estos acontecimientos diplomáticos requiere un estudio previo que permita enmarcar conceptualmente la naturaleza de las relaciones entre Colombia y Gran Bretaña. La elaboración de este marco, además de llenar un vacío historiográfico y conceptual en la Historia de Colombia, permite comprender de manera estructural los distintos acontecimientos diplomáticos que experimentaron las dos naciones en sus interacciones mutuas, ordenadas por una oscilante manifestación de subordinación que las élites colombianas intentaron ajustar o resistir a lo largo de esas décadas. De hecho, la relación establecida no fue una relación entre naciones soberanas: ¿se trataba, entonces, de una relación imperial? Si fue este último caso, ¿cómo encajaba Colombia en la geopolítica del Imperio británico? El propósito del siguiente capítulo es precisamente ofrecer una respuesta a estos interrogantes.